

INDUSTRIAS RURALES EN ATAUN; LA DEL LINO Y LA DEL CARBON

Por JUAN DE ARIN DORRONSORO

La industria del lino.

El cultivo de lino figura desde la fundación de las primitivas casas de Atáun y fué uno de los géneros incluidos en el tributo de diezmos y primicias. Su industria ha estado en los siglos pasados muy arraigada en el pueblo y ha constituido la ocupación habitual de un sector importante de sus vecinos.

Terrenos para el cultivo del lino.

— Su cultivo tenía lugar preferentemente en zonas elevadas, tierras costaneras y nuevas roturaciones, como dicen, «leku gose ta luberritan» (= en tierras hambrientas y nuevas rozaduras); porque en terrenos fértiles la planta adquiriría demasiado desarrollo y constituía material flojo. El año 1691 se dice que, habiendo llegado el alguacil a la casa de Larburu para notificar el auto a Lucía de Auzmendi, le dijeron que la dicha Lucía había salido aquella mañana a la montaña a arrancar el lino. En un tiempo existieron abundantes *linasorok* en las zonas elevadas de los montes de Agauz, Amilzu y Leizai, así como también en las laderas de las peñas de Itandieta y Arrastorz. El año 1759 tenían sembradíos de lino en Agauz los habitantes de las casas Ayarrea, Arzate, Zaindegi, Dostolloa, Etxeberria, Larburu y Urkullaga. En la zona de Leizai existían linares de Mendiurkullo, Orlaza-txiki, etc. La toponimia nos aporta muchos

testimonios que descubren la zona de cultivo y la extensión que llegó a adquirir el lino. Tenemos de antiguos *linasorok* en Irumugaeta de Agaunza, Arrastorz, Insusti, Pagarre, Murkia, etc. Los vecinos se valían del derecho llamado de *gorozeta* para hacer *linasorok* en los montes comunales de la Villa, y a ello deben su origen varios herbales enclavados en zona comunal. El año 1784 se observa falta de lino por la prohibición que existía de hacer cierres, y se permitió que en adelante pudieran hacerlos; pero que no cortasen robles, castaños ni hayas para hacer estacas.

Clases de lino y época de siembra.

Había una variedad conocida con el nombre de *axamea* (azal-mea = = corteza delgada) o *lino txikie*, planta corta, delgada y muy fina. Dentro de esta variedad había dos clases; una muy fina que se sembraba en el mes de mayo, después de arrancar el nabo, y crecía con mucha rapidez. La otra clase, algo más ordinaria, se sembraba en el mes de marzo. El lino que más abundaba era el conocido con el nombre de *agorlinoa*, llamado así, porque se sembraba hacia la segunda mitad del mes de septiembre. Recibía también el nombre de *naparlinoa* (= lino de Navarra), por ser, según parece, importado del reino de Navarra. Era grande, flojo y algo ordinario. En el testamento de Antonio de Auzmendi, de la casa solariega Auzmendi, se dice el año 1686: «en las heredades de esta casa de Auzmendi tierra para sembrar una cuarta de linaza de tiempo de verano y cuarta y media de invierno». Para sembrar removían la tierra con el instrumento llamado *besarea*, echaban la semilla en igual forma que la de trigo y luego la cubrían pasando el arado o *arrea* (grada). En las nuevas rozaduras o *labakik*, primeramente se recogía una cosecha de trigo y se sembraba el lino sin darle abono alguno.

El arranque del lino.

La semilla de lino se madura hacia Santiago, y es cuando arrancan de raíz la planta, a lo que llaman *linoa etaa*, y la dejan en hilera para recogerla en *eskutadak* o manojos. A veces, por querer aprovechar la tierra para la cosecha de maíz, se anticipaba al mes de mayo el arranque del lino. *Agorlinoa*, extendiéndose en abundantes ramas, daba tres hileras de flor y, al abrirse la tercera hilera, era cuando tenía lugar el arranque del mes de mayo. En ese caso se solía extender el lino en prado o *larrañe* (era) y permanecía allí durante unos quince días para que se ablandara.

Al lino arrancado en su época, esto es, después de madurado el grano, se le separaba la espiga en un instrumento llamado *garramea*. *Garramatu*, palabra derivada de la latina *carminare* (= cardar, rastrillar, peinar). El año 1771 se dice: «lo primero rancados que sean de la tierra se les quita la semilla en un instrumento que en lengua vulgar se llama *garrama*». Dicho instrumento solía consistir en una especie de mesa y sobre ella una fila de hierros punzantes. Antiguamente para este objeto se servían de una tabla con rajaduras o cortes hechos con la sierra. El lino, al pasar por entre las *txarrantxak*, o bien por entre las rendijas, se desprendía de *aaztarra*, que era la espiga o semilla envuelta en su cobertura. A los que se dedicaban a esta labor se les llamaba *garramatzallek*. Puestas en montón las espigas y golpeándolas con una maza se les separaba la semilla, y se servían del viento para limpiarla. En la segunda mitad del siglo XIX la semilla de lino se vendía a las farmacias a precio de 10 pesetas el cuartal.

El remojo (Urtara ein).

Con diez manojos o *eskutadak* se formaba el haz, que recibía el nombre de *jemena txikie* o *lino bala*, el cual se solía atar con un *ezkarri* o atadura hecha con unas pocas plantas de lino. Echaban los haces a unos pozos llamados *linosiñek* (= pozos de lino) instalados en las orillas de las regatas, de las que recibían el agua mediante un pequeño canal. El haz, apisonada mediante unas piedras colocadas encima para que permaneciera en el fondo del agua, solía estar en el pozo, ordinariamente, de quince a veinte días, y en ese período se desprendía del tinte azul y de la porquería que pudiera tener adherida. El lino, después de extraído del pozo, era extendido en el prado, *larrañe*, donde debía de permanecer de diez a veinte días para secarse y reblandecerse.

Linarriketa.

Secado ya el lino, con cada cinco manojos de él formaban la gavilla o *mazokadea* y la ataban con *ezkarri* en igual forma que *jemena txikie*. Para majar la gavilla colocaban ésta sobre una piedra plana, *linarrie* (= piedra de lino), aproximadamente de un metro de largo y 0,80 de ancho, o también sobre una artesa llamada *linaska*. Algunas piedras *linarrik* se conservan aún en las proximidades de las casas. Sujetaban la gavilla mediante una cuerda que pasaba por encima de ella, y los extremos de la

cuerda se ataban, uno al orificio de que iba provisto el *linarri* y el otro al pie del *mazasale* o trabajador. Para golpear el lino se servían de mazas de madera, *gabik*, y comenzaban la operación por las raíces de las plantas. Esta labor estaba encomendada a los hombres, quienes la ejecutaban en la otoñada, aprovechando los días libres en que no pudieran dedicarse a otros trabajos. Cuando trabajaba un solo individuo, éste necesitaba unos seis minutos en majar cada gavilla.

Trankaketea (= *golpear en la tranca*).

Sobre dos maderos que servían de base, *tranka oñek*, iba un tablado llamado *tranka ola*, el cual estaba provisto de dos ranuras largas. Encima del tablado, dos listones que podían ser introducidos en las mencionadas ranuras en forma de tijera, *tranka baldik*. Colocado el manojo sobre las ranuras, se retorció el lino al descender *tranka baldie* en forma de tijera, y se conseguía ablandarlo, *linoa beratu*. En esta labor, llamada *trankaketa*, el lino se desprendía de la cobertura o corteza exterior, llamada *aastarra* y de la médula o *muñe*, quedando la fibra interior, *erdiko muñe*. Al manojo curado en la tranca llamaban *pasea*. Con 20 manojos o *pasek*, retorcidos en dos cuerdas, se hacía lo que llamaban *loturea* (= el atado). Antiguamente todos los años solían desplazarse a Navarra, en grupos de cuatro o seis, una veintena de muchachas de Atáun para ocuparse en la *trankaketa*, y su estancia allí duraba desde mediados de agosto hasta comienzos de octubre. Trabajaban de dos en dos; la una ablandaba la raíz y la otra lo restante. Ganaban al día una libra de lino curado y la manutención. Comenzaban el trabajo a las cuatro de la mañana y lo dejaban a las nueve de la noche, no permitiéndoseles más interrupción que el tiempo necesario para las comidas. En los domingos y días en que no trabajaran, la alimentación corría a cuenta de ellas. Aunque era ocupación penosa para muchachas jóvenes, dicen que solía reinar muy buen humor entre ellas. El residuo, llamado *aastarra*, era utilizado para encender el fuego por las mañanas y, cuando en alguna chimenea aparecía el humo, allá acudían las vecinas con su *talaburni* en busca de brasas o *txingarrak*, y con ellas y *aastarrak* prendían el fuego en las suyas. Al final de la temporada, el regreso de las muchachas *trankarik* constituía un pequeño acontecimiento en el pueblo. Cargaban en dos borriquillos los instrumentos de *trankaketa* y los fardos de lino, producto de su ganancia y venían en grupo, vestidas de camisa blanca de lienzo, corpiño del mismo color, saya de holandilla, delantera azul, alpargatas blancas

con cintas encarnadas, en mangas de camisa y pañuelo rojo en el cuello, caído por la espalda. Dejando atrás los pueblos de Arakil y por Elkorri arriba atravesaban el puerto de Lizarrusti y hacían su entrada en el pueblo al son de alegres canciones.

Suasketa.

Esta labor sirve para perfeccionar la comenzada en la *trankaketa*, utilizando para ello un instrumento de madera llamado *suatsa* o *sugaratsa*. En un documento del año 1739 se lee: «sugarachar o curar linos». *Suatsa* es un instrumento de madera de haya en forma de tijera, construido en las casas, y va apoyado sobre una madera plana llamada *suaspekoa* (= lo de debajo de *suatsa*). Lo llamado propiamente *suatsa* consta de dos piezas: una llamada *mie* y la otra llamada *zirkue*. *Mie* (= lengua) consiste en una hoja de madera. *Zirkue* (de *zirristue* = rendija) son dos hojas paralelas con una rendija entre ellas donde se introduce en forma de tijera la pieza llamada *mie*. Con dos manojos de *trankaketa* se hace uno de *suasketa*. Colocando el manajo sobre la pieza *zirkue*, levantando y dejando caer sobre ella la hoja *mie*, se retuerce y se ablanda entre las rendijas el lino. El trabajo de cada manajo solía durar diez minutos. En este trabajo se ocupaban las mujeres y preferentemente las muchachas. Les gustaba trabajar en compañía, y provistas de sus *suatsak* se congregaban por las tardes en alguna casa señalada de antemano y allí formaban animosas tertulias, permaneciendo muchas veces hasta la media noche. Colocadas en fila trabajaban al sonido agradable de *takala-takala-tan*, *takala-takala-tan* de sus *suatsak*. Después de una frugal cena, que consistía en castañas asadas y talo con leche y, con frecuencia, con asistencia de muchachos o *bellarik*, se prolongaba la reunión, divirtiéndose al son de la pandereta en bailes y otros animosos juegos; pero todo ello sin propasarse de las reglas de la honestidad cristiana. «Naiko jolas egiten gendun suasketan biltzen giñanen, baño batere gaiztakeri ta malizi be», suelen decir las ancianas que alcanzaron aquella época, de tan gratos recuerdos para ellas.

Rastrillo (txarrasketa).

El lino, después de curado y ablandado en la *suatsa*, solía ser refinado en el rastrillo o *txarrantxa*, que consistía en una tabla provista de un puñado de hierros puntiagudos o *txarrantxak*. Al cardar el lino, haciéndole pasar por entre las *txarrantxak*, se le separaba la estopa y la esto-

pilla, *mullo txikie* y *mullo zakarra*, que caía al fondo, y quedaba en las manos el lino fino, llamado *amukoa*. Primeramente se desprendía del material basto que poseía en la punta, *mullo zakarra*, llamado también *azpuko* (*buruko aztarra* = corteza de la cabeza), y luego *mullo txikie* o *mulloskea*, que solía ser algo más fino. Esta labor estaba encomendada a las mujeres, e invertía cada una unos tres minutos en cardar el manajo. El año 1559, en el Hospital de Santiago de Atáun, había «un rastrillo de rastrillar lino» (Inventario de bienes). El año 1770 el precio del lino limpio, sin estopa ni estopilla, 14 reales la libra.

Elaboración del hilo (ari eitea).

El hilo se elaboraba en las ruecas, y éstas constaban de dos piezas: *liñaie* y *ardatza*. La primera, *liñaie*, consistía en una vara de 0,80 metros de largo, y en su extremidad superior, *liñai-buru*, figuraba un abultamiento tejido con fletes, ordinariamente de raíz de ágoma. El *liñai-buru* servía para colocar en él el copo de lino, *mullotadea*, y lo cubrían con *liñaizorro*, hecho con telas de colores. Las ruecas se hacían con varas de avellano, y las mujeres solían tener a gala el poseer ruecas artísticamente adornadas. En el siglo XIX las labradas con gusto se vendían por un celemín de trigo y las lisas o sin adorno por tres reales. La segunda pieza, la llamada *ardatza* (huso), consistía en una madera o palo de forma cónica muy prolongada, y uno de sus extremos terminaba en espiral. Hasta mediados del siglo XIX el huso solía ser en Atáun de una sola pieza, y las puntas postizas de espirales de hierro se introdujeron posteriormente. Las hilanderas mojaban con saliva el *liñaiburu*, y colocando sobre él el copo de lino o *mullotadea*, muy curiosamente, como quien va haciendo una pelota, lo cubrían con el *liñaizorro*. Apoyando el extremo inferior de la rueca en la cintura y sujetándola al pecho con una cinta, con la mano derecha separaban del *liñaiburu* una tira de lino que, mojándola con la saliva, la trababan en el espiral del huso, e imprimiendo a éste movimiento rotativo, se retorció la tira y quedaba convertida en hilo. El hilo, a medida que se iba elaborando, era recogido en el huso, y de allí pasaba a *matasuzki* (*mataza-sur-kī*) en cantidad de cinco cuartos de libra en cada tanda, y con ello se formaba la madeja o *mataza*, palabra derivada de la latina *mataxa*. La *mataza*, antes de ser blanqueada, recibía también el nombre de *berdamena*.

El blanqueo del hilo.

El blanqueo del hilo se efectuaba mediante coladas, y para ello se servían de dos clases de tinajas: *arratzaldek* y *tiñak*. La *arratzaldea* era construída con corteza de árboles, ordinariamente de tilos jóvenes descortezados a fines de junio. El año 1659 se dice: «sacar en fresnos y en otros arboles cortezas para hacer coladeras de legía». Las tinas se hacían con troncos de robles o hayas. En el fondo de la tinaja colocaban una capa de paja o de helecho y sobre ella las madejas. Colocaban luego el *autstrapu* con ceniza del hogar de la cocina, *sukaldeko autsgordiñe*, y una ramita de laurel para perfumar. Cuando no hubiere suficiente cantidad de ceniza en casa, caso muy frecuente, se solía pedir en la vecindad con frases casi formularias: “Aurten ee (onenbeste) matza baituu ta aurki zuitzen ee así bearko deu ta, autse bizio daukezuia?” (= Este año también ya tenemos (tantas) madejas y tendremos que empezar también pronto a blanquearlas, y ¿tenéis mucha ceniza?). Se daba la ceniza sin excusa y, en lugar de la frase «gauza gutxi» que se dice al donar algo, aquí se pronuncia la de «geok ee aurki así bearren gea ta» (= ya que nosotros también tendremos que comenzar pronto). La ceniza se medía por *talaburnikadak* y se acostumbraba llevar en caldera de cobre colocada sobre la cabeza. La casa más nombrada solía ser la que tuviese más madejas. La colada recibía el nombre de *lixubea*, palabra derivada de la latina *lixivia*. Al agua de la colada la llamaban *erraurre* (*erre-auts-ure* = = agua de cenizas). Empezábase echando agua templada y, poco a poco, cada vez más caliente, hasta llegar casi a hervir. El agua, filtrándose por la ceniza, descendía a la capa de madejas y, atravesándola, corría al fondo, donde era recogida para ser calentada y utilizada de nuevo. En cada colada solían echar unos 45 baldes de agua. Después de la primera colada se secaban las madejas y volvían a ser colocadas en la tinaja con ceniza nueva, y tenía lugar la segunda colada. Y se repetía la tercera, cuarta y quinta colada, hasta que quedasen suficientemente blancas. Después de las coladas se secaban las madejas en el prado y pasaban a la devanadera o *arilkarie* para ser reducidas a ovillos o *arillek*. La devanadera era toda ella de madera.

Elaboración del tejido.

La elaboración del tejido, *ioketea* o *eulketea*, tenía lugar en los telares, llamados *eultegik* (eun-tegi) o *euletzek*. Antiguamente en algunas casas existía *eultegi* o telar para servicio exclusivo de la familia, y las mujeres

solían tejer en él toda la ropa blanca que necesitaren en casa. El año 1880 en la casa Aldarreta-garakoa había un telar de esa clase. Solían ser contruidos por operarios del pueblo. Había también otros telares más completos para servicio del público, y al frente de ellos trabajaban tejedores o tejedoras profesionales. El año 1799 figuran en Atáun 15 tejedoras y un tejedor dedicados a este oficio. A fines del siglo XIX había telares en Urdantxulo, Antonione-garakoa, Larratze-txikia, Elizalde-etxea, Ugalde-txiki, Iturritza-berri, Denda-berri, Loidi y Aramberri. En este último telar se trabajó hasta el año 1916. En Ugalde-txikia había tres telares y al frente de ellos trabajan otras tantas tejedoras. Fabricaban telas de media vara de anchura y a cada tres varas de largura se colocaba una señal verde: con tres varas, una marca; con seis, dos marcas, y así sucesivamente. La pieza de tela se solía medir por el número de señales. El que necesitara tejido llevaba los ovillos o *ariles* al telar y, pesándolos en un saquito, el *eule* se comprometía a tejerlos y entregarle el mismo peso en tejido, cobrando un celemin de trigo por cada señal que tejiera. Al frente del telar de Aramberri trabajaba el tejedor Florentino Munduate, y éste, a veces, hacía telas de una vara de ancho, y la señal solía hacer con cinco varas. Los precios de las telas de lienzo variaban según la calidad de las mismas. El año 1770 los lienzos se vendían «unos a cuatro reales, otros a tres reales y a dos reales y medio la vara» (Datos facilitados al Corregidor). El año 1759 María Josefa de Urrestarasu debía a Martina de Barandiarán 31 ducados de vn., «precio y valor de tres piezas de liencillo para tocas... que contenían 341 varas a real de vellón la vara». Con la tela de lino se hacían camisas, pantalones, sobrecamas, toallas, cobertores para colchones, etc. El año 1769 se lee: «un cobertor o sobrecama duplicado de lienzo que en el idioma vascongado llaman ovazala». Las mujeres hacían uso de *mullo txikie* o de *amukoa*, según quisieran hacer tela ordinaria o fina. Las camisas de hombre las hacían siempre con hilo fino y las suyas, *atorrak*, con estopa ordinaria. «Gizonak bee itxuramodun azaltzeatik» (= para que los hombres apareciesen [vestidos] decentemente) (oído en *Matxintone*). Como las mujeres solían andar muchas veces en mangas de camisa, a lo que llamaban *mo-kutsetan* (= manga-utsetan), a las *atorrak* aplicaban ordinariamente mangas de hilo fino. Era costumbre el que las muchachas preparasen su arreo con producto de su casa. Si alguna joven se veía en la precisión de completar el arreo con tela traída de la feria, los comentarios solían ser duros y se pronunciaban frases que denotan mucha extrañeza: «Periti

ekai emeitu oazal batzuk. ¡Jesus! Ez emenzayo iritxi.» (= Dicen que ha traído de la feria algunos cobertores de cama. ¡Jesús! Dicen que no le ha llegado (la tela) (oído en *Matxintone*). Dos arrieros se encargaban de conducir el arreo el día de la boda; uno del lado de la muchacha y el otro del lado del muchacho. Al carro le aplicaban en el eje una moneda u otro objeto duro para que rechinase durante el trayecto. Otros le apretaban el peine para el mismo objeto. Los bueyes llevaban en el cuello collares de piel de tejón y froniles, *ipuikok* (*idi-burukok*), muy abundantemente adornados con borlas. En el carro del muchacho iban los instrumentos de labranza, como layas, azadas, azadillas, cedazo de maíz o *siskalbaya*, etcétera. Solía llevar también una cama completa. En el carro de la muchacha iban los instrumentos de *eulketa*: la rueca con su huso, provisto de un poco de *amuko* fino; el *matazuzki*, muy adornado, y descollando, encima de todos los demás objetos, la devanadera. No había de faltar un poco de hilo de muestra, hecho por la muchacha con mucho esmero y finura. Con ello hacía ella gala de sus buenas dotes de hilandera. Solía haber quienes se detenían a examinar el trabajo, pronunciando frases encomiásticas como ésta: «*eza eozein moduko arigillea*» (= no es una hilandera vulgar). Algunas colocaban una cuna encima del arreo; pero éstas, si tardaban en tener descendencia, se veían obligadas a tener que soportar las críticas de los vecinos, quienes las reprochaban por tan orgullosa vanidad. Asistían al banquete de boda la tejedora y la costurera, y las bodas o *eztayek* eran amenizadas con la música del *txilibitu* o de la pandereta. Al terminar la comida, la costurera se encargaba de enseñar a los invitados, una por una, todas las prendas del arreo, primeramente a los de la presidencia o *mai buruko*, formada por los más allegados a los recién casados. Empezábase por *lastaioia* y continuábase con colchones, sábanas, etc., e iba anunciando: «orra oi azalak, orra toallak, orra servilletak, orra izara bat, orra bi, orra iru, etc.» (= He aquí las coberteras de colchón, he aquí las toallas, he aquí las servilletas, he aquí una sábana, he aquí la segunda, he aquí la tercera, etc.). Terminaba su exposición con *errotazaku*: «orra errotazakue, gizonarentzat kargue» (= he aquí el saco del molino, el cargo para el marido), lo que ocasionaba aplausos en los asistentes. Finalmente, haciendo referencia a la novia, decía: «*Ara gauzák onak eta bea ohea. Ea kontentu zaaten*» (= He aquí las cosas buenas y ella mejor. A ver si estáis contentos). Y contestaban: «*Bai, orik izan ezpalitu ere, beakin kontentu giñen*» (= Si, aun cuando no hubiese tenido esas cosas, nos contentábamos con ella). Luego se ofrecían

regalos, comenzando por los de la presidencia. La suegra regalaba a la nuera todo lo necesario para vestir una cama, y al ofrecer le decía: «A, errake, zerêk gordetzeko eta ôk urratzeko ta oia jantzita dao gauen etzateko» (= Tómelos, nuera, para que conserve los suyos y rompa éstos, y está vestida la cama para que se acueste por la noche). Los otros parientes iban regalando alguna sábana, toalla, etc., y, al entregárselas, solían decir: «Otxi, zerek gordetzeko eta ok urratzeko» (= Tómelos, para que rompa éstos y guarde los suyos). Los parientes muy próximos asistían a la boda toda la familia y, en ese caso, los *burungarrik* o jefes de esas familias, al contar la dote de la recién casada, hacían la donación de un duro cada uno y decían, al entregarlo: «Orra, orrâtzak easteko» (= Helo, para que compre alfileres). Antes del casamiento tenía lugar lo que llamaban *galâk artu*, y en ese acto el novio solía regalar a la novia una saya negra, chaqueta, pañuelos de bolsillo, pañuelo grande de cuello, toca blanca, a la que llamaban *estalki zurie*, etc. A su vez, la novia regalaba al novio cobertores para colchón y camisa. Esta última prenda se la remitía el día víspera de la boda para que la usase en la dicha boda. La muchacha solía regalar a los parientes del novio camisas de lienzo, y el muchacho a los parientes de ella, alguna prenda de vestir. Al boyero que llevaba el arreo se le daba un pañuelo fino. Las ropas del arreo se guardaban sin usarlas, pues tenían por norma: «Aurrekônak ebâli ta berêk gorde» (= Usar las de sus antecesoras y conservar las suyas). Para su mejor conservación, el arreo solía ser lavado de año en año, y ello tenía lugar durante el mes de mayo, con el nombre de *mavezlisobe*. «Mayetzeko ure bezelakorik ezta arrapea garbitzeko» (= Para lavar la ropa no hay agua mejor que la de mayo), solían decir los antiguos. Se lavaban en una sola tanda todas las ropas, y para secarlas las tendían, con cierta vanidad, en sitio vistoso, sabiendo que no faltaría quien se fijara en ellas. Las prendas no usadas recibían el nombre de *irauskeak*, y decían los antiguos que el estreno de la prenda de lienzo producía en el cuerpo el mismo efecto benéfico que una sangría.

La decadencia de la industria de lino.

Hasta fines del siglo XIX apenas había en el pueblo de Atáun caserío que no cultivara el lino. Sin embargo, no se producía en el pueblo lo suficiente para cubrir las necesidades del vecindario, y lo que faltaba se importaba del reino de Navarra. El año 1770 la cosecha de lino se redujo a 8.640 manojos, y el año 1787, hablando de la producción de lino en

Atáun, se dice: «400 arrobas a 50 rs. Se consume en el pueblo con más que se trae de Navarra». A fines del siglo XIX hacen su aparición los percales, introducidos de Francia. A las primeras camisas de percal llamaban «lapur alkandorak» (= camisas de ladrón), debido a que eran poco visibles por su color oscuro. Con la aparición de las telas fabricadas en las grandes factorías sucumbe rápidamente la industria de lino en Atáun. A pesar de la solidez y buenas cualidades del género producido en el caserío, no fué posible competir con los adelantos de la maquinaria moderna, que presentaba telas muy baratas. Aparte de eso, les era cómodo a las muchachas el desligarse de una labor que requería grandes cuidados y molestias.

Industria de la lana.

En los siglos pasados la industria de la lana ha tenido en Atáun bastante importancia para la confección de vestidos. Por la contestación que la villa dió al Corregidor el año 1771 se deduce que la lana de los esquilnos de Atáun era algo ordinaria. «La lana de los esquilnos de ganado menudo que hay en este pueblo no sirve para fabricar paños, sino marraga, por ser muy ordinaria.» Solía haber en el pueblo esquiladores profesionales, y así el año 1793 existían en Estrada-berria, Iturraldezarra y Donjoanenea. Se efectuaban dos esquilnos al año: el primero en el mes de mayo y el otro en el mes de octubre. La producción del año 1771 fué de 300 arrobas y su precio el de 20 reales vellón la arroba. El producto del año 1781 ascendió a 380 arrobas, que fueron exportadas a Bilbao, Tolosa y Anzuola a precio de 38 reales, y el pueblo se vió obligado a introducir tejidos de lana, cuyo coste no fué compensado por el producto de la lana exportada.

Las lanas se elaboraban en tornos, cardándolas primero. Los tejidos de punto se hacían en las casas, y los que exigían alguna mayor complicación en telares llamados *kapañdegik* (*Kapa egin-degi* = taller de marraguero). El año 1828 había *kapañek* o marragueros en las casas de Lazkautegi, Arbotoneta, Matxintxu, Arin-etxebarria, Txetañenea, Gotxea y Elizkambara. De ellos, tres eran oriundos de Beasain, establecidos recientemente en Atáun.

Algunas prendas de lana.

Entre las que se elaboran en las casas tenemos:

Kapusie (= capisayo). Vestido que cubría la delantera y la parte

posterior del cuerpo, dejando libres los costados. Estaba provisto de mangas anchas y capucha o *buru zorroa*. Era tejido de punto y elaborado con lana negra: «Artilla belza ta galzetan ioa», según mi comunicante.

Txartesa. Vestido más corto que *Kapusaie*, llegaba hasta algo más abajo de la cintura y tenía mangas al estilo de las chaquetas actuales. Solía ser de color blanco. Año 1753: «48 reales de a ocho, un capusai o chartesa de marraga y una camisa por salarios o soldadas de dos años que de pastor de ovejas les sirvió el dho. Francisco de Ipenza».

Alprojak (= alforjas). Especie de sacos de lana de que hacían frecuente uso los pastores. Tenemos también las medias de lana, *artillazko galtzerdik*, y los cordones de lana, llamados *goaitak*, con que se sujetan las abarcas a los pies. Año 1745: «Cuerda de lana que llaman tralla del género que para ataduras de abarcas se usan en esta villa tegida a manera de trenza». Año 1768: de Joseph Joaquín de Beguiristain «un uso o instrumento que en lengua vulgar bascongada se llama maratilla para hilar lana para hacer trallas».

Prendas que se elaboran en telares.

Burusie, especie de manta. El año 1646 se cita «una manta de marraga llamada burucia», y era utilizada para cama. Los carboneros suelen hacer uso de *burusi* en las *Kamañak* o lechos que instalan en las chozas. Hay también costumbre de extender el *burusi* sobre las espaldas al ganado vacuno durante la inclemencia de ciertos días duros. La aparición del componente *buru* (= cabeza) en el nombre *burusi* hace pensar que en su origen esta prenda debió de tener alguna relación con la cabeza.

Kapea (= la capa). Ropa larga de paño negro que llevan sobre las demás prendas. El año 1550, entre los bienes de Martín de Barrena, figuran «veinte varas de capaqui». El año 1701 Sebastián de Inza, inquilino de Arzuloa, se fué a la casa Iberondo-andia «como capero de su oficio al esquileo del ganado ovejuno». Entre las telas confeccionadas en los telares de marragueros debió de predominar el *kapaki*, hasta el extremo de aplicar al marraguero el nombre de *kapain* (*kapa-gin*) y al telar el de *kapaindi* (*kapa-gin-degi*).

Mantarrak (deriv. de la palabra latina *manteum*) eran gruesos tejidos de lana sobre los cuales se calzaban las abarcas.

Uso de pieles.

En la indumentaria humana, una de las aplicaciones de la piel la tenemos en las abarkas, calzados hechos con piel de ganado vacuno y alguna

vez de ganado mular. La punta se les cosía con hilo de lino y todo lo restante con finas y largas tiras de piel llamadas *jostulek* (*joste-ko-uga-lak*). Cuando tenían interés en hacer abarkas finas y elegantes para días festivos, antes de coserlas solían ablandar la piel en leche. Se remendaban con *zazarki* o trozos de piel. El uso de las abarkas se va reduciendo a medida que aumenta el de la alpargata y del zapato, y, últimamente, desde que ha aparecido el calzado de goma, su decadencia es rápida.

Zapatos. Aunque su uso no se generalizó en Atáun hasta fines del siglo XIX, es calzado conocido desde muy antiguo. El año 1559 se habla del examen de un robledal por el daño que hicieron los zapateros de segura en descortezar. El año 1507 figura en Atáun «Pedro Çapatero de arrondo», y a fines del siglo XVI existía la casa llamada Çapataria. El año 1785, en el arreo de María Dorronsoro para su casamiento con Manuel de Zurutuza de Aldakotxoá, entre otros objetos, figuran «dos pares de zapatos con sus medias... y otros dos pares de albarcas». El año 1793 había zapaterías en Antonenea, Paskiñanea y Urreta.

Aurre-narrue (= delantal de piel). Solía ser de piel de cabra. Vestían en forma de delantal, con la lana para fuera, y sujetaban al cuerpo y al cuello con tiras de piel. En estos últimos tiempos se ha solido importar de Navarra.

Ardi-narrue (= piel de oveja). Ha habido costumbre de llevar piel de oveja colocada sobre la espalda y hombros y con la lana para fuera, utilizándola para protección contra las lluvias. Venía a ser una especie de zamarra.

Zorroa (= el morral). Es frecuente ver a los pastores ancianos con morral de piel debajo del sobaco, sujetándolo al cuello con tiras de piel.

Como se ve, el uso de pieles en la indumentaria queda reducido a unas pocas prendas, destinadas principalmente a proteger el cuerpo de la humedad y lluvias.

La cabellera.

Los hombres usaban pelo largo y hacían gala de su hermosa melena, llevándola bien peinada y colgada por la espalda. Durante el trabajo solían llevar el pelo recogido y atado. El año 1737, en la querrela contra Juan Antonio de Muxica, se dice que se le cayó una cinta negra que llevaba para atar el pelo. El que algún hombre osara entrar en la iglesia con el pelo atado era tenido por una grave irreverencia al lugar sagrado, y ello dió lugar a que el año 1702 la villa ordenara que «ninguna persona

sea osado de entrar en la iglesia parroquial de esta villa con pelo atado por la irreverencia que se le hace al culto divino». La costumbre de llevar cabellera o pelo largo duró en Atáun hasta mediados del siglo XIX. El anciano Manuel de Zubizarreta, nacido el año 1850, solía decir que conoció a un individuo de Arizandieta-txikia quien solía venir hasta el cementerio de San Gregorio con el pelo recogido y atado, y allí desataba el moño y se peinaba antes de entrar en el templo.

Las prendas más usadas.

El año 1637 costaron cinco ducados un sombrero, medias y ligas para el atambor. El año 1753 Tomás de Munduate, criado, tiene de soldada al año 14 reales de a ocho, dos camisas de lienzo basto, dos pares de mantarres o almandarres de marraga para calzado y la abarca necesaria. El año 1791 fué hallado muerto un hombre en el puerto de Lapurbide, en el paraje que llaman fuente de Judas, y vestía una chupa parda de paño usado, calzado de alpargatas, medias de lana bastante ordinaria y calcetas; calzón de lienzo blanco del país, largo hasta cerca del tobillo; chaleco o ajustador de lienzo y camisa de lo mismo, y llevaba puestos unos escapularios del Carmen; en la faltriquera derecha del calzón, cuatro maravedís, moneda de Navarra, y una bolsita de cuero, y en ella un orillo viejo de valor de 21 reales y cuartillo de vellón. A la entrada del siglo XIX comienza la decadencia del uso de lienzo blanco en los vestidos de hombres. El año 1817 Martín de Altolaguirre, labrador, vestía «chamarra paño negro, chaleco pana azul, calzón corto negro, polainas, abarcas y sombrero» (Autos de oficio). El año 1836 Miguel de Beguiristain, muerto en la peña de Arrikolaza, aparece con pantalón de lienzo azul, chaqueta de paño pardo, abarcas, y la cara tapada con sombrero. Para montera, antiguamente hacían uso del sombrero, y algunos de *txapel-txorroa*, de tres cantos y de piel con la lana para adentro. Año 1730: «Una montera de paño negro de Segovia o veintedeceno fino guarnecida con unas cintillas negras.» El año 1743 se puso en almoneda pública la montera de paño negro de Phelipe de Imaz de Aldasoro en 275 reales y 21 mrvs. de vn. La costumbre de llevar sombrero decayó en la primera mitad del siglo XIX y se introdujo la de la boina o *txapela*, palabra ésta derivada del bajo latín *capellus*. La palabra boina puede venir del latín, así como procede bonete (bonetus), gorra de cuatro picos de que usan los eclesiásticos. Los últimos pantalones de lienzo blanco desaparecieron a fines del siglo XIX. Mientras las telas de lienzo estuvieron en uso, los

hombres solían acudir a las faenas del campo con calzón corto y camisa, ambos de lienzo blanco, y cuando había que acudir a alguna función religiosa venían hasta las proximidades de la iglesia en mangas de camisa, con la chaqueta colgada por la espalda, enseñando la pechera de elegantes camisas de lino, de que hacían gala, y al entrar en el templo solían vestir la chaqueta en atención al respeto y seriedad del lugar sagrado.

El vestido en la antigüedad.

Desde tiempo inmemorial, para cubrir las necesidades de la indumentaria aparecen las pieles y lanas, estas últimas de mucha aceptación por ser más suaves en su contacto con el cuerpo humano. Fundadas las primeras casas solariegas, juntamente con la agricultura se introduce la industria del lino. Para la confección de prendas que han de tener contacto directo con el cuerpo, como son las camisas, pantalones, sábanas, etcétera, se procura hacer uso del lino. Para prendas exteriores, como son el *kapusi*, *txartesa*, capa, etc., se sirven de la lana. Las chaquetas son de lana o lino, a discreción. La industria del lino, como se observa en su terminología, trae un marcado sello de la influencia romana. *Liñoa* y sus compuestos, *liñosiñe*, *linobala*, *liñarie*, etc., proceden de *linum*; la operación de cardar, *garramatu*, de *carminare*; el nombre de la madeja, *matazea*, de *mataxa*; la colada, *lisobea*, es la *lixivia* romana, etc. La industria de la lana es muy antigua. El nombre antiguo de la lana es *ulea*, según un documento del año 1741: «ulazurizarra, que quiere decir pelo blanco». En cuanto a la hechura de las prendas, las antiguas *atorrak*, *burusik*, etcétera, tenían forma de largas túnicas que cubrían el cuerpo vistiéndolas de arriba para abajo. Las prendas que haya que vestir las de abajo para arriba, como son las que llevan el nombre derivado del latino *calceus*, *galtzak*, *galtzetak*, etc., son introducidas en período distinto. En la indumentaria del sexo masculino, la antigua *gona* no tiene otro uso que el de vestir a niños de tierna edad. Ha sido sustituida por el calzón, *galtzak*, que ha venido adoptando varias formas en el transcurso de los siglos. Así aparecieron *prakak* (deriv. del latín *braca*), y últimamente, en el siglo XIX, se extendió el pantalón. Muchas de las prendas, en período no primitivo, llevan el nombre del miembro que cubren: *Lepokoa* = (vestido) del cuello, *oñetakoa* = de los pies, *burukoa* = de la cabeza, *gerrikoa* = de la cintura, *soñekoa* = del cuerpo. Para expresar la acción de vestir tenemos el verbo *jantzi*, y para la acción de desnudar, *erantzi*. En la actualidad tienden a desaparecer las características regionales en el modo de vestir. No

existen fronteras para la moda que, sobre todo en lo que afecta a la indumentaria femenina, invade con fuerza irresistible.

Ikazkintza (carboneo).

He aquí una industria que durante los siglos pasados ha constituido la ocupación habitual de un importante sector del vecindario de Atáun. Para formarnos una idea de la extensión que ha adquirido en esta villa, bastanos consultar esa larga lista de nombres toponímicos compuestos de *lantegi* (parcela de bosque donde se fabrica carbón): Lantegieta (Ayesu), Lantegi-zarra (Saratsamendi), Lantegi-zarreko-erreka, Ascensión-lantegie, Pello-lantegi, Kapota-lantegi, Zeamar-lantegi, Bor-lantegi, Tirio-lantegi, etc. El carboneo o *ikazkintz* (*ikatz-gin-tza*) de esta región parece tener su origen en las exigencias de las fundiciones, y éstas, según tradición, fueron importadas por los romanos. «Olak erromatarrak sortuk emen die eta ak zulatue emen da Askatako arrubie» (= Dicen que las fundiciones fueron introducidas por los romanos y que la mina de Askaeta fué perforada por ellos) (Iturrioz). Son minas explotadas en tiempo inmemorial las de Peazulo de Urrestarasu-aitze, Peazulo de Andurio y los Maukulok de Arrastorz y Agaoz. Así como también las zanjas de Arkaitze. Las ferrierías u *olak* propiamente dichas aparecen en Atáun en el siglo xv. Olea de Larrunza fué fundada el año 1428. En los documentos del año 1566 se lee: «a un benaqº que vino desde Mondragon pª ver las myneras de Urrestarasu y Gorostiça», y el año 1568 se dieron cuatro reales a un «benaquero de Mondragon por la relacion que les dio donde dexaron bena myna de bena unos benaqueros de Mondragon». Todo ello hace suponer que la industria carbonera se introdujo en Atáun en época antigua, si bien después de la fundación de las primitivas casas solariegas.

Markaketea (= la marcación). La marcación del *lantegi* consistía en hacer una señal a los árboles que hubieren de ser derribados. Este trabajo se efectuaba hacia el mes de septiembre. A mediados del siglo xviii se hacían señales de *markaketa* en la forma de «oscas». *Oska* o *koska* (= marca o señal). El año 1760, en la venta de la leña de Malkorburu, se dice: «en las raíces de sus pies a cada tres oscas siendo de cortar dhas hayas señaladas con cruces y oscas». En Insusti se distribuyeron el año 1764 en tres lotes los robles que habían de ser sorteados. A los del primer lote hicieron «en sus raíces y pies a cada tres oscas o cortes con hacha»; a los del segundo lote, a cada dos oscas, y a los del tercer lote, «a cada corte u osca». Antiguamente la *markaketa* la efectuaba

el *basazai* o guarda-montes y algún regidor. Desde el año 1915 asiste el guarda forestal, como representante de la Diputación o del Estado. Van provistos de una pequeña hacha con cuyo filo hacen una pequeña raspadura en el extremo inferior del árbol, y luego sellan con las iniciales que dicha hacha lleva en su ojo. Al efectuar el corte del árbol, la señal queda en la raíz como comprobante. La planta que se deja para guía o repoblación del bosque recibe el nombre de *ipinadarra*.

La subasta.—El *lantegi* se saca en pública subasta, *kandelan ataa*, y se adjudica al mejor postor. En un tiempo, para efectuar la subasta se encendía un cabo de vela o candela, y el tiempo hábil para ofertas caducaba al extinguirse naturalmente la luz de la dicha candela. El ayuntamiento solía hacer constar que no permitiría encender las piras de carbón antes del 20 de junio de cada año, y si algún rematante quisiera hacerlo antes, debía de abonar al ayuntamiento un tanto por ciento más que se señalaría de mutuo acuerdo. Ello era debido a que la leña, estando sin secarse, producía menos cantidad de carbón, aunque de mejor calidad. Los precios han estado en relación con las alternativas del valor de la moneda. El año 1527 se efectuó la venta de 7.900 cargas de carbón a cuatro maravedís y medio la carga. El año 1655 se vendieron 22.000 cargas de leña de carbón a 13 maravedís la carga, y hacen 764 ducados y 26 maravedís de plata. El año 1688 se vendieron en el monte Marumendi 8.000 cargas de carbón, y en la partida de Arizkuneta otras 4.000, a precio de 18 maravedís de plata la carga. El año 1751 fueron vendidas 3.750 cargas a 46 maravedís la carga. El año 1900, a peseta, y el año 1943, a 3 pesetas la carga.

Patrullas de carboneros.—Dos o tres carboneros profesionales formaban la sociedad y, mediante ajuste con el rematante de la subasta, se comprometían a fabricar carbón a un señalado precio por carro. El año 1900 solía ser de 18 reales por carro aproximadamente. Los carboneros socios, *ikazkin-nausik*, reclutaban operarios, *ikazkin-motillek*, y se formaba la patrulla, *ikazkin-salle*. El ajuste con los operarios se efectuaba el día de San Gregorio, 12 de marzo, y solían venir bastantes forasteros, sobre todo de la parte de Cegama, para ajustarse en las patrullas de Atáun. El año 1880, en Atún, había ocho patrullas. El año 1900 había 12, de las cuales la mayoría eran de las parroquias de San Gregorio y Aya.

La mochila del carbonero.—El carbonero comenzaba con antelación a hacer los preparativos para la temporada del bosque. Preparaba dos

trajes, uno para los días de labor y otro para los días de fiesta; este último, aunque de igual calidad, más nuevo y limpio que el primero. Su indumentaria consistía en camisa blanca de lienzo con pechera adornada de plieguecitos y atada a un costado y con cuello o *atabille* muy fino; elástico de lana de color azul con mangas encarnadas, a veces tejido en casa y otras veces traído de la feria de Villafranca; pantalón blanco de lienzo; alpargatas con calcetines blancos de lana y, para el mal tiempo, albarcas con mantarres; y boina para la cabeza. Preparaba también una manta para el lecho, un saco para protegerse de las lluvias, dos pañuelos de bolsillo, *txalie* (plato) y cuchara (ambos de madera), un rastrillo de mano (antiguamente todo de madera y actualmente con dientes de hierro), una pala de madera, dos hachas, un cuchillo de bolsillo y algo de queso o tocino para reforzar el rancho ordinario del *lantegi*, pues, como suelen decir, «mendie gosea izaten da» (= el monte es sitio de apetito). Preparados todos esos objetos, hacían con ellos lo que llamaban *pardela* o fardo. Unos lo introducían dentro de un par de pantalones y, atados dichos pantalones en forma de saco, los colocaban sobre sus hombros, con el bulto sobre la espalda y las piernas caídas para adelante (*ankâk zankolatra aurrealde*). A eso llamaban *galtza-pardela*. Otros hacían uso del saco para el mismo objeto, y últimamente se generalizó el uso del cofre con su cerradura de llave. El año 1753 se halló muerto un carbonero en Belsoaras. Tenía «un atillo en un saquito viejo de lienzo, una manta vieja, una camisa vieja de lienzo. En el vestuario, unas abarcas con medias burdas de lana, calzones hechos de andrajos, una almilla, casaca de paño, dos camisas una sobre otra, un rosario de cachumbo con unas medallitas al cuello».

Salida al monte.—Ordinariamente emprendían el viaje el tercer día de Pascua de Resurrección. Hacia el año 1890 se desplazaban al *lantegi* unos 400 individuos; de ellos, un buen número pertenecía a la parroquia de San Martín, muchos a la de Aya, y los más a San Gregorio. Salían en grupos con la mochila al hombro, pañuelo de seda en el cuello, alpargatas blancas y paso airoso, anunciando su salida al vecindario con sus clásicos *irrintzik*, y caminaban al alegre son del *txilibitu* y la pandereta.

La choza (txabolea).—A su llegada al *lantegi*, la primera labor del carbonero era la construcción de la choza o *txabola*. Su emplazamiento era ordinariamente en la proximidad de alguna fuente. Si el terreno estaba en pendiente procuraba que la parte superior del solar coincidiera con alguna haya para que ésta sirviera de apoyo a la nueva choza. Frente al

haya se colocaba un poste de madera, *tentemazoa*, con dos horquillas (*urtxullük*) de apoyo en los dos costados. De la cabeza de *tentemazo* al árbol, o en su defecto a otro *tentemazo*, va una viga llamada *gañagea*, la cual señala la vertiente de las dos caídas del techo. Las dichas caídas o vertientes descendían hasta la altura de unos tres pies sobre el suelo, y en el término inferior llevaban unas maderas largas con canal, *kotrek*, para recoger el agua que descendiera del techo. El techo lo formaban colocando una hilera de vigas, *estakadurea*, y cubriéndolo con tepes de tierra llamados *sotalak*. En algunos casos, en lugar de tepes de tierra, han solido hacer uso de canales de madera, *egur-askak*, colocándolos del caballete abajo, en igual forma que la teja canal, sujetos con unas maderas transversales. Estas chozas se llamaban *kotre-txaolak*.

Atakea (la entrada).—En el centro de uno de los costados va la entrada. Colocan dos postes y unen sus cabeceras con una viga llamada *atalburue*. De los extremos de *atalburu* al caballete parten dos *urtxulluk*, y cubren todo con tepes de tierra o con *eguraskak*. Estos los cosen con cuñas de madera llamadas *zirik*. La entrada, antiguamente, solía estar sin puerta y, para cerrar el paso a los animales, colocaban un fardo de ramas.

Distribución interior de las chozas.—En el centro, el fogón con su *kezulo* (chimenea) en el techo, y a los dos costados, lechos o *kamañak*, con un banco llamado *ipurtalki* hacia el fogón y con la cabecera o *kamañaburu* hacia la pared. Para hacer el lecho colocaban en el fondo unas ramas o *arbak* de madera, procurando tuvieran mayor altura en la cabecera, y sobre las ramas echaban una capa de brezo. Sobre esta capa colocaban antiguamente una piel de oveja. El carbonero se acostaba con pantalones, camisa y calcetines de lana. Las prendas de que se despojaba (elástico y boina) le servían de cabezal. Se cubría con el *burusi*. El uso de las mantas es reciente. En uno de los rincones del lecho había dos sacos, uno de harina y otro de habas. Colgaba del techo otro tercer saquito con manteca (*ganz-zakue*). Unas trampas llamadas *satolak* (*sagu-olak*) servían para cazar ratones. Estos robaban habas en la choza, que luego guardaban en sus escondrijos: los carboneros han solido encontrar grandes montones casi intactos. En la puerta de la choza, un perro impedía la entrada a toda persona extraña a la patrulla. Junto a la choza, un madero ramoso servía para colgar de él diversos objetos.

Preparación de la comida.—La alimentación del carbonero, desde tiempo inmemorial, ha solido consistir en *talos* y habas condimentadas con manteca. Dicha alimentación, en la segunda mitad del siglo XIX, costaba

al día dos reales, según cuentan los ancianos. En esa época los carboneros, al regresar del monte, solían trabajar en los inviernos con el jornal diario de dos reales y la alimentación (noticia recogida en Aitzio). De la preparación de los *talos* se encargaba un operario llamado *tortero* o *ranchero*, y de cocer las habas el *tortero-leor*. El *tortero*, para la elaboración de la masa o *talorrea*, se sirve de una artesa de madera, *talo-aspille*, construida en el *lantegi*. Le sirve de asiento una madera rajada, labrada con hacha y provista de cuatro pies de madera. Algunos se sientan sobre *txanbille*, tronco de unos 0,30 m. de largo. El *tortero* coloca entre sus rodillas un pequeño *txanbille* y lo cubre con un paño o *talozapi*, sobre el cual extiende la masa golpeándola con la palma de la mano. El *talo* pasa de allí al *taloburni*, y al formársele la corteza, antiguamente solían apoyarlo contra unas tejas colocadas delante del fuego para que, al tostarlo (*taloa erre*) se le ahuecara la corteza. Actualmente utilizan para esto un instrumento llamado *talomantenu* (= sostén del *talo*). Para cocer las habas se sirven de la olla, a la que llaman *eltzea* o *lapikoa*. El nombre *tupie*, aplicado a ciertos pucheros, es más moderno.

Comedor del carbonero.—Cuando hace buen tiempo, los carboneros comen delante de la puerta de la choza. Para asientos colocan sobre varios *txanbillek* unos tabloncillos labrados con hacha. Los carboneros se sientan en dos filas, los de una fila de cara a los de la otra. En el centro van unos banquillos y sobre ellos los platos o *txalik*. Antes solían comer diez individuos de cada *txali* y los jefes mezclados con los operarios, comiendo todos del mismo rancho. Ultimamente se ha extendido la costumbre de hacer uso de plato individual. El *txali* es vasija plana (*txabala*), ordinariamente de forma cuadrangular, con cavidad en medio y reborde alrededor. Aunque en su origen pudo haber sido de piedra (*atxa*), desde la aparición de las casas solariegas es de madera. El año 1555, en el Hospital de Peregrinos de Atáun figuran «seis platos de madera... dos trincholes». El año 1655 se dice: «platos de madera que hizo para la cofradía». Al introducirse el uso de metales para vasijas de contacto con el fuego aparece el *burruntxali* (= *txali* o plato de hierro): vasija estrecha y honda con mango largo. El *zartagi* (= sartén) se introdujo en el *lantegi* a fines del siglo XIX. El uso de *txali* de madera desapareció del *baserri* hace mucho tiempo, pero en el *lantegi* ha subsistido hasta hace pocos años, siendo sustituido actualmente por el plato de metal.

Comida del carbonero.—La alimentación del carbonero, como queda indicado antiguamente, se reducía a dos refecciones diarias de haba y *talo*.

En los tiempos modernos ha mejorado con la introducción de la tercera refacción, el uso de caldo de habas y el *jaki*, esto último a cuenta del consumidor. La vianda o *jaki* suele consistir en un poco de queso o tocino, y actualmente no hay carbonero que no eche mano de este recurso para reforzar la frugal comida que se le sirve. Ha habido años en que los carboneros han comprado queso en común. El año 1881 la patrulla de Manuel Zurutuza de Ugaldea trabajaba en el monte Aizgorri, y un pastor de Urbía se comprometió a servirles el queso que necesitaran a 18 pesetas la arroba. Más tarde comenzó a cobrarles 22 pesetas; después, 25, y últimamente les exigía 30. No siendo posible acceder a su demanda, los dos últimos meses pasaron con *talo* y habas, sin probar *jaki* alguno. Cuando el *jaki* era en común, para evitar abusos, se encargaba uno de cortar tantas raciones cuantos individuos hubiere. Desde que se ha introducido el uso de *txali* individual, el carbonero se sirve su ración de habas, sacándola del puchero con el cazo o *burruntxali* y llenando el plato en la medida que le convenga. Se sirven también caldo de haba, al que le hacen sopas de *talo*. El caldo tiene menos grasa en el fondo, y para evitar toda desigualdad, los carboneros se colocan en fila, y el que un día se sirve el primero, al siguiente día ocupa el último lugar. El último en servirse lleva en el brazo un montón de *talos* y, comenzando por el primero, se los sirve a los demás. Luego, a medida que necesiten más, lo pide cada uno y se lo sirve el tortero. Al pedir el último *talo*, decía el carbonero: «Bota bat eta naikoa dek» (Echa uno y te basta), y se le servía *talo* caliente. Había muchos que comerían 16 ó 18 talos en cada refección. El año 1905, durante dos meses, la cena de Miguel Zarra de Lauzti-garakoa consistió en 28 *talos* y un poco de queso cada noche. Ordinariamente, los mayores *talojalek* (comedores de *talos*) han solido ser los que no han hecho uso de *jaki*.

Religiosidad del carbonero.—Los *lantegis* suelen distar con frecuencia dos o tres horas de la iglesia más próxima; pero ello no suele ser obstáculo para que el carbonero oiga misa en los domingos y días de precepto. Quedan sin asistir a la misa el *txaolazai* (guarda de la choza), oficio que desempeñan por turno; el tortero y el *tortero-leor* (éstos alternándose), y, durante la época de cocer el carbón, el *eosle* y su ayudante, alternándose también. Los que quedan rezan el santo rosario para suplir la obligada omisión de la misa. Si el domingo, debido a alguna desatada tempestad, no les fuere posible cumplir con el precepto de oír misa, los carboneros rezan todos el santo rosario, dirigido por alguno de los amos o

nagusik. La dirección del rezo y el encender el fuego por las mañanas ha sido siempre oficio reservado al amo. Antiguamente, en los domingos, antes de misa trabajaban un rato para compensar el gasto de la alimentación de aquel día y cuyo coste el año 1880 se calculaba en dos reales por individuo. A eso llamaban *artón alde* (= compensación del maíz) y solía ser causa de que en más de una ocasión se vieran apurados para poder alcanzar la misa; por lo que el año 1886 se suprimió dicho trabajo y se introdujo la costumbre de trabajar al mes un día para *artón alde*. En los días de asueto existía el *artón alde*. En la actualidad no queda vestigio de esa costumbre, tan extendida antiguamente. Si algún año, por haber tenido que adelantar la fecha de subir al monte, estuvieren en el *lantegi* durante la Semana Santa, no trabajaban el día de Jueves Santo por la tarde ni el día de Viernes Santo por la mañana, en atención a que durante ese tiempo el Señor está encerrado en el monumento, *Jaune preso*, y rezan el santo rosario en ambos días. En los días de vigilia o de abstinencia, si careciesen de aceite, la condimentación del cocido será con sal y agua, sin grasa alguna. Todas las mañanas uno de los amos enciende el fuego, *goizeko kaponadea*, y comienza a rezar, en voz alta, para despertar a los operarios:

Aitaren, Semearen eta Espiritu Santuaren izenean. Amen. Gure Jaunak eman deiula gau santue pasatzeko eman diun bezela, eun santue pasatzeko grazie konbeni bada. Bakoitze bere aingeru Goardakôn onrarako: Aita gurea...

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Nuestro Señor, así como nos ha dado la gracia para pasar la santa noche, nos la dé también, si conviene, la de pasar el santo día. Cada uno en honor a su ángel de Guarda: Padre nuestro...

Luego rezan una Salve y se levantan sin otra llamada. En tiempo de la saca de carbón tienen que levantarse muy temprano, y el *nagusí*, antes de comenzar a rezar, les llama para despertarlos. Por la noche, antes de cenar, comienza el amo el mismo rezo que por la mañana, pero cambiando los términos; donde allí dice *gau santue*, aquí debe decir *eun santue*, y donde allí se dice *eun santue*, aquí *gau santue*. Ha habido costumbre de rezar algunos padrenuestros antes de comer, y el ofrecimiento se hacía diciendo: «Bakoitzak zorrik gueyena dion purgatorioko animarentzako» (= Para el alma del purgatorio a quien más deudor sea cada uno). Al asomarse alguna mala tempestad, los carboneros se arrodillan dentro de la choza y rezan las letanías y algunas plegarias a Santa Bárbara. No

faltarán en la choza la cruz de laurel, ni la acostumbrada rama de espino, ni el hacha que protejan contra el rayo el albergue y a cuantos en él se cobijen.

Días y horas de trabajo.—En algunos días de temporal deshecho, los carboneros se ven obligados a suspender el trabajo. El tortero, cuya misión es preparar la comida; el *tortero-leor*, muchacho joven que se encarga de traer agua, atender al puchero, preparar las leñas para el fuego, etcétera; el listero, que anota diariamente la relación del personal que trabaja, y, en el período de las operaciones que afectan directamente al carbón, el *eosle*, desempeñan cargos que no permiten vacación. Aun aquellos individuos contratados a trabajar sin vacación, en ocasiones de muy malas tempestades, se han visto obligados a retirarse a la choza, consintiéndoselo el amo. En el *lantegi* se trabaja *argitik-argira*, de luz a luz, comenzando la labor al sonar el canto de las aves, y en el período de las operaciones que hayan de efectuar con el carbón tienen que madrugar aún más. Para saber la hora, antiguamente se guiaban, durante las noches, de las estrellas y, durante el día, del sol. Cuando el cielo estaba nublado andaban a tientas. Las principales estrellas en las que se fijaban eran: *Bostolloa* (grupo de cinco estrellas), *Iruizarra* (tres estrellas en fila del Orión), *Zazpi izarra* (Osa mayor) y *Argi izarra* (Venus). El reloj, si bien era conocido desde bastante antiguo, no se introdujo entre los carboneros hasta fines del siglo XIX. El año 1770 el escribano Andrés Antonio de Bazterrica tenía un reloj de plata de faltriquera con su cordón de seda y dos llaves. El año 1872 don Francisco Ignacio de Altolaguirre tenía un reloj inglés de péndola, otro de plata, de bolsillo, y otro tercero de plata, de París. El primer carbonero que apareció con reloj fué Eusebio de Arratibel, de Zeberionea. Fué el año 1898. El reloj era de plata y valía 60 pesetas, según cuentan.

Operaciones del carbonero.

Corte del arbolado.—A la operación de cortar los árboles llaman *ondo-jotzea*, y en ella intervienen todos los que constituyen la patrulla. Ha existido desde antiguo la costumbre llamada *aizkolbide*, por la que se permite el corte de todo aquel árbol que, por su proximidad, estorbe el derribo del árbol marcado. El año 1763 se dice: «sin incurrir en pena alguna se puedan cortar las dhas hayas mozas las que fueran necesarias para la libertad de el hacha, que en termino vulgar llaman *aizkolbidea*, para hacer los *lanteguis* y demas servicios y uso de los caminos» (Venta

del arbolado de Insusti). Actualmente el uso de *aizkolbide* está reglamentado, para así evitar el que se corten más árboles que los estrictamente necesarios. Ocurre también que algunos árboles, al ser cortados, quedan en pie por estar apoyados en otros, y a éstos llaman *kukupagok*. Terminada la labor de *ondo-jotze*, el *nagusi* distribuye los operarios en grupos y a cada grupo le señala el trabajo en que haya de ocuparse. Unos se dedican a fraccionar las hayas mediante cortes, a lo que llaman *pagok illeratu*; otros a rajar los troncos, *pitzaketea*; unos cuantos van a preparar los *txondar zulok* o plazas para las piras de carbón. Derribado el árbol, primeramente le talan las ramas, *soildu*; luego lo cortan en trozos de metro y medio de largo, *korteatu*. Rajan los troncos, *pitzatu*, en dos cuatro u ocho fracciones, según el grosor, sirviéndose—antiguamente—para esta operación de cuñas de madera, *zurzirik*. Estas se hacían con la astilla de la periferia del tronco, y después de alisar bien con el hacha, las secaban. De las cuñas de madera sólo quedan unas grandes llamadas *martolok*. Las demás desaparecieron a mediados del siglo XIX, siendo sustituidas por cuñas de hierro, *burnizirik*. Las mazas de hierro, llamadas *borrak*, fueron introducidas hacia el año 1890. Las anteriores, hechas con raíces duras de árboles, solían ser de una pieza. Las hachas son de hierro desde tiempo inmemorial y han sufrido en su forma bastante modificación a fines del siglo XIX.

Emplazamiento de la pira de carbón.—La base o el lugar donde se asienta la pira de carbón recibe el nombre de *txondarzulo*. En Navarra y en Alava la llaman *Ikaztoia (ikatz-oiá)*. Ordinariamente se procura habilitar para esto algún lugar de emplazamiento de antigua pira, lo que permite aprovechar los despojos de la carbonilla que hubiere en el piso. Para preparar tal lugar o base remueven el suelo con azadas, ponen las brozas en hilera, *errillaka*, y las retiran con *baldarra*, aparato que consiste en un palote grande o *pitzaki* de madera con tres varas largas unidas a un yugo o *ustarri*, por el que tiran dos o tres hombres; así logran raspar el piso. Entre tanto, otro grupo concentra la leña en la proximidad del lugar, llevándola valiéndose del hombro (*lepaketa*). Para llevar las leñas menudas se sirven de un caballete o bastidor llamado *astoa*. Ha habido quienes han llevado al hombro troncos muy pesados: a fines del siglo XIX el carbonero Lasa, del barrio de Aya, solía llevar troncos de 26 arrobas. Ese mismo, el año 1910, llevó en corto trecho un tronco de 30 arrobas. El año 1896 a Juan Antonio de Zurutuza, de Arratiñea, le colocaron en el hombro un tronco, y después de tenerlo un rato, decidió arrojarlo, di-

ciendo: «Gizonak eamatekoa eztek au» (= Esto no se ha hecho para ser llevado por el hombre): pesó 29 arrobas y 9 libras. Junto al emplazamiento de la pira colocan algún tronco tendido, *tronkadea*; sirve para cortar sobre él las maderas delgadas. Otras veces, *tronkadea* consiste en un madero grueso, corto y con la base introducida en el suelo. Sobre él se suelen contar las maderas muy delgadas, las llamadas *txikitak* y *aakik*.

Construcción de txondarra o pira.—Se colocan dos leñas en forma de aspa, a lo que llaman *zille*. Sobre esta aspa, hasta la cima del horno, va un hueco llamado *suetxea*, el cual se forma colocando en cuadro unas maderas cortas, *txantiloiak*. Colocan en la base maderos gruesos, *emborrak*, y, en contacto directo con la chimenea o *suetxe*, virutas y maderas muy delgadas. Luego van troncos bastante gruesos, *biegurrek*, del tamaño que en cada viaje pueda llevar el hombre dos de ellos al hombro. En la tercera capa se colocan *biberdingak* y *berdingak*, y, por último, en la periferia van ramas delgadas, *aakik*. Cubren la pira o *txondarra* con una capa de hojarasca y por encima le echan otra capa de *sotalak* o tepes delgados de pura corteza de tierra. Y agregan *iruñ zarra*, carbonilla antigua, cisco.

Txondarra sutan (la pira encendida).—Prenden una pequeña fogata junto al horno, y las brasas de la misma las introducen en el *suetxe*, e inmediatamente echan encima astillas o leñas menudas y lo cubren con tepes. Las piras, desde ese momento, quedan a cargo del *eosle*, de cuya pericia y acierto depende no poco el rendimiento del *lantegi*. El horno se divide en *puntea*, *kakoa* y *ondoa* (= cima, centro y base). A la proximidad del eje o *zille* llaman *txondarran biotza* (= el corazón del horno). Para avivar el fuego hacen a la pira varios respiraderos, *lumea-zulok*, con un palo de medio metro de largo al que llaman *lumea zirie*. A veces se producen derrumbamientos en la capa exterior, y el *eosle*, aclarando el hueco con *satagea*, vara de dos metros y medio de largo, lo llena con *betegarrik* o leñas y vuelve a cubrir con tepes y cisco. Al convertirse la leña en carbón, la pira disminuye de volumen y comienza la depresión o *eskarpea* por la punta y va descendiendo a medida que va trabajando el fuego. Cuando la depresión se acerca a los respiraderos de la base, *ondozulok*, se cierran los respiraderos de arriba, y al cesar el humo de los *ondozulok*, la pira está cocida y pasa a manos del *atatzalle*, quien debe emprender la tarea de la extracción, dentro de las veinticuatro horas, para evitar que se quemé el carbón.

Extracción del carbón y relleno de sacos.—Para efectuar la extracción, los carboneros, con excepción del *eosle*, se distribuyen en tres o cuatro

grupos, *iru edo lau eskutan*, y cada grupo se encarga de la pira que se le designe. De coincidir en el grupo algún *nagusi*, éste se encarga de la labor de *kakozale* y los restantes trabajan con rastrillo de mano. La extracción del carbón se efectúa de noche para que se pueda percibir en la oscuridad si tiene fuego o no. Los principales instrumentos de que hacen uso en esa labor son: *kakoa* (= gancho), *eskuerea* (= rastrillo de mano) y *pelakie* (= pala). El carbón, a medida que lo extraen, lo pasan en un cedazo grande y lo extienden en la era. Los residuos no carbonizados reciben el nombre de *illintxe*. Los que trabajan en la extracción del carbón, igual que el *eosle*, hacen uso de *oñolak*, chanclos de madera calzados sobre las albarcas, los cuales sirven para que no se quemem éstas. El cedacero encargado de llenar los sacos suele ser único para todo el *lantegi*, a no ser que la mucha extensión del monte aconseje lo contrario. El *baizale* o cedacero se sirve del cedazo para llenar los sacos, y en esta operación le ayuda un *eusle*, ordinariamente designado por la fábrica. Los residuos que caen del cedazo reciben el nombre de *txitxarra*. El carbón se mide por cargas. La carga consta de dos sacos y cada saco contiene tres fanegas y cinco celemines. Para confrontar las medidas suele haber unos envases de forma parecida a las tinas, antiguamente de madera y actualmente de metal. Para conocer qué número de cargas puede dar una pira miden la circunferencia de su base: 100 pies de circunferencia da aproximadamente 100 cargas. Si tiene menos de 100 pies, por cada pie pierde más de una carga, porque tiene menos altura, y si tiene más de 100 pies, por cada pie aumenta más de una carga. Con 70 pies salen unas 50 cargas, y con 170, unas 200 cargas. Una vez llenos los sacos, el carbón pasa a manos del que hubiere tomado la subasta del monte, quien encarga el transporte a los *mandazaiek* (arrieros) o a los *itzaiek* (carreteros), bien a destajo (*aldeatea*), bien a un tanto por saco. Antiguamente se solía encargar el transporte a *mandazaiek* o arrieros; más tarde, en la segunda mitad del siglo XIX, a los *itzaiek* o boyeros; actualmente son preferidos los *mandazayek*. Los sacos, en un tiempo, eran de lana de oveja, según cuentan los ancianos de oídas a sus antepasados.

Los amos procuran despedir a una mitad de sus operarios para fines de septiembre, y continúa el despido a medida que avanza la otoñada, quedando pocos para mediados de noviembre. El carbonero trabaja a base de meter muchas horas. Desde que se encienden las piras, los carboneros se acuestan hacia las diez de la noche y se levantan muchas veces hacia la una o dos de la madrugada. El año 1890 una patrulla, desde el día de

San Pedro hasta el 4 de octubre, se levantó diariamente a la una de la mañana. El sueño no perdona, y se han visto casos de dormirse de pies, *la zorrón*, mientras sostienen el *astoa*; o cuando llevan la carga a hombros, continuar caminando, sin acordarse de descargar en su debido sitio. Solía haber un momento crítico, de 11 a 12 del mediodía, en el que tentaba con violencia el sueño, y los carboneros, muchas veces, solían agitarse en simulacro de riña entre sí para despertarse.

El problema del alumbrado, antiguamente, se solucionaba con el uso de *suziri*, que consistía en brizna de madera seca. Una vez comenzada la extracción de carbón, los *suzirik* se hacían con *ilintxe*. En los caseríos se ha hecho también uso de *suzirik*. Año 1834: «ha traído sucigaiac». Los *suzigayek* eran maderas algo más gruesas que el mango de una azada, de 70 centímetros de largo. Reservando 20 centímetros para mango, todo lo restante rajaban lo más finamente posible, como en hilos. Se esperaba a que se secase bien y, prendiéndole fuego, servía su luz para caminar de noche. En la segunda mitad del siglo XIX hacían uso de *suziri* en el caserío Andralizeta. En el *lantegi* el uso de velas se introdujo hacia el año 1900.

Terminados los trabajos de explotación, tiene lugar la inspección del monte para ver si ha habido algún abuso o corte de árboles no marcados. El año 1900, por cada árbol que se hubiere cortado sin haber sido previamente marcado se sancionaba con la multa de 10 pesetas. El rematante responde de los daños ocasionados alrededor del lote, dentro de una distancia máxima de 200 metros, a no ser que denunciase los hechos durante la explotación. Esas multas reciben el nombre de *atalea*, palabra derivada de la latina *talea*. El año 1616 Domingo de Arimasagasti pagó 66 reales «por ciertas atalas que los carboneros hicieron en los montes de la dha villa». El *lantegi*, a raíz de ser explotado, queda más o menos pelado y recibe el nombre de *txuitue* (= pelado). En la toponimia se conservan los nombres de Txuritzurieta, Arrikolazako-txuitue, etc. Los pastores llaman *txuitue* a sitio despejado, *garbikune*, donde brota hierba nueva, *larre berrie*, a consecuencia de estar pelado de árboles. Por fin, los amos y operarios se reúnen en alguna taberna. El listero presenta la relación de los días que cada operario ha invertido en el monte y se le entrega el jornal estipulado. A continuación hacen ordinariamente una cena en común.

Uso del carbón.—La mayor parte del carbón se ha solido destinar a las fábricas. En los *sutegik* o herrerías se utiliza carbón de castaño, por

ser mejor que el de haya para dar temple al hierro. Antiguamente colocaban *iruie* o despojo de carbón debajo del ladrillo del horno y debajo de la chapa del fogón. Uno de los objetos que se colocaban debajo de los mojonos solía ser el carbón. El año 1759: mojón de Argaraza, «por señal de verdadero mojon se le pusieron cascacos de teja, carbonos y cascaras de huevo».

Algunas costumbres.

Los carboneros no comienzan trabajo nuevo en viernes, y dicen los ancianos que el viernes no es apto para eso. *Ilberriko ostielea ilberatzat jotzen da*, el viernes de luna creciente se conceptúa como menguante, y viceversa: *ilberako ostielea ilberri*. Los carboneros suelen tener presente esto para el corte de los árboles, pues dicen que el árbol cuya hoja tenga mella en el borde, *osto koskadune*, hay que cortarlo en luna menguante; el árbol cuya hoja tenga borde liso, en luna creciente.